

DISCURSO

leído por el Excmo. Sr. D. Francisco Fernández de Béthencourt en la velada necrológica celebrada por el Centro de Defensa Social de Madrid el 12 de Abril de 1912, en memoria del Excmo. Sr. D. Eduardo Saavedra y Moragas.

SEÑORES:

No podía, en realidad, dejar de oírse en la ocasión presente—cuando este benemérito Centro reúne aquí tan noble representación de las letras y de las ciencias españolas, para hacer el elogio de un español esclarecido, que honró en tamaño grado á tres de nuestras Academias, y en ellas á la Patria,—la voz dolorida de la Real Academia de la Historia, cuya autoridad es tanta, que hasta cuando habla por mi boca modesta estoy seguro de que ha de merecer vuestra amable consideración. Llevar su voz y expresar sus opiniones es siempre empresa muy difícil y comprometida, aunque no se tratara de un embajador como yo; pero la culpa no es en este caso de ella, sino exclusivamente vuestra, que habéis tenido la peregrina idea de acudir á mí, y no á cualquiera otro de mis ilustres compañeros, para que usara de la palabra en este concierto simpático. No podéis, pues, quejaros á nadie de las naturales consecuencias de vuestro desacierto—consentidme que así lo califique, aunque no tengáis por costumbre incurrir en ellos;—pero me permito en cierto modo tranquilizaros, pensando yo que la gran memoria que celebráis no os lo tomará de sobra en cuenta, por mucho que os defraude mi discurso, por poco que él corresponda á aquella grandeza: fué Don Eduardo Saavedra para mí siempre por todo extremo cariñoso é indulgente, y estad seguros de que, prodigándome ahora vuestra natural benevolencia, no haréis conmigo sino lo que él hiciera, cuantas veces, y alguna muy señalada por su iniciativa, dije ó leí algo en su presencia.

Tócame, naturalmente, hablaros de nuestro insigne muerto como Académico de la Historia, tarea de suyo nada fácil, mucho más recordándoos que me habéis dado apenas cuatro días para prepararos el resumen de casi cincuenta años, y de cincuenta años de la vida académica más incesantemente laboriosa, más extraordinariamente fecunda, materialmente de todos los días y de todas las horas consagradas á su servicio. No alcancé yo, señores, desgraciadamente, sino al Saavedra anciano, septuagenario ya cuando el que os habla entró á formar parte de la gloriosa Corporación en que él figuraba de tiempo atrás como decano; encorvado por los años, enteramente ciego y casi sordo, pero á quien ni la mucha edad, ni la falta absoluta de la vista, ni lo tardo del oído, privaban de ser, supliéndolo todo con lo poderoso del entendimiento, con lo clarísimo del juicio, con lo vivo y sagaz del espíritu, la figura quizás más relevante, donde tantas había, del sabio Cuerpo al que, sin verdaderos méritos, me veía encumbrado. Fijaba toda mi atención en nuestras Juntas aquella noble venerable cabeza, aquel perfil finísimo, aquella espaciosa frente, aquella luenga barba, aquellos ojos sin brillo, aquella fisonomía sin expresión, cambiada como por ensalmo cuando acudía á sus labios la palabra elocuente, sobria y precisa, con que su cultura inmensa acertaba á decir siempre la última, sobre cuantas arduas cuestiones se debatían en el seno de la Academia, que lo reconocía sin duda, si no por el primero, por uno de sus mayores y más escuchados é indiscutibles oráculos. Vosotros conocéis todos á los hombres que forman nuestra docta Compañía, elevados á aquella altura con la sanción entusiasta del común respeto y del aplauso general; pero nada os sorprenderá que os diga que D. Eduardo Saavedra, por su mayor ancianidad, por su prudencia suma y señalado dón de consejo, por su vasto saber, por su grande espíritu de concordia—él veía todas las cosas con la serena clarividencia que sólo puede proporcionarnos el tiempo,—era como nuestro venerado patriarca, y que la Academia toda se siente hoy, en presencia de su sillón vacío y de su medalla abandonada, como en una especie de dolorosa irreparable orfandad.

Iba ya ahora para medio siglo de su admisión allí, y rara será el acta de la Academia durante tan dilatado período, donde no aparezca el rastro luminoso de su paso por ella. En el propio grado que fué filólogo, gramático, hablista y literato del más

acendrado gusto clásico, como formado en el estudio y el dominio de la lengua del Lacio—díganlo en la Academia Española;—á tanta altura como brillaron sus talentos de matemático, de físico, de ingeniero y arquitecto—díganlo en la Academia de Ciencias,—fué entre nosotros historiador de altos vuelos, arabista, anticuario, epigrafista y arqueólogo, y todo tiene que parecernos poco para contribuir á enaltecer la memoria del polígrafo insigne, de quien todos, sin excepción ninguna, hemos aprendido algo. No necesitó él que le llegara lo que el vulgo llama—porque para el vulgo lo es—*la hora de las alabanzas*: mayores que las que recogiera en vida no podrán ser las que en muerte le tributemos; lo que hay de nuevo ahora es el dolor de su irreparable pérdida, que cada día que pasa crece en nosotros, pues figuras del tamaño de la suya, cuando el barro mortal las abandona, aumentan todavía con la ausencia, dejándonos tan sólo en el corazón y en la memoria los trazos singulares de su gigantesca silueta.

*
* *

Apenas había pasado algunos años de su primera mitad el siglo XIX, cuando se encontraron en la histórica tierra y ciudad de León, unidos por el común amor de sus preclaras antigüedades, «en constante confraternidad literaria, nacida junto al Bernesga y á la sombra de las gallardas ojivas de San Marcos», según sus propias frases, un joven Ingeniero, un joven Jesuíta, y, ni joven ni viejo, un Gobernador de Provincia, poseídos los tres de iguales ansias de escudriñar y descubrir las riquezas que guarda en sus entrañas el un tiempo famosísimo Reino, sede augusta de los Ordoños y Bermudos, campo venerando de la segunda etapa de la Reconquista de España. Era aquel joven Ingeniero D. Eduardo Saavedra; el hijo del grande Ignacio de Loyola era el P. Fidel Fita, y se llamaba D. Carlos de Pravia aquel Gobernador civil de los tiempos *ominosos* de la vieja Monarquía, aún no *purificada* por las aguas turbias del Jordán revolucionario; vivo contraste el último, por sus cultas aficiones y trabajos, de estas autoridades con que nos civiliza y nos protege la democracia imperante, que consienten plácidamente los salvajes derribos de las puertas históricas, mudos testigos de mil ocasiones gloriosas, y miran con ojos paternos cómo se echan violentamente por tierra los viejos edificios y los seculares monumentos, que ha declarado naciona-

les el Estado, y puesto en calidad de tales bajo su especialísima custodia y protección. Era aquel Ingeniero el mismo que en los primeros pasos de su carrera, salido apenas de las aulas, estando al frente de las obras públicas de la Provincia de Soria, sin dar de mano al hacer caminos, al levantar puentes, al dirigir carreteras y ferrocarriles, había logrado la puntualización afortunada del sitio verdadero de nuestra gloriosa Numancia; fruto ese hallazgo de la feliz combinación, con sus conocimientos profesionales, de estas decididas aficiones arqueológicas, haciendo buenas las palabras que le dirigiera, andando el tiempo, Fernández Guerra, cuando celebraba, á su ingreso en la Academia, la entrada con él del auxilio valioso de las ciencias exactas á parte tan principal de nuestros trabajos. Inmenso servicio éste á la Arqueología española, que es como decir á su Historia, que la Academia apreció en todo lo que representaba, premiado entonces con la designación que hiciera de Saavedra para su correspondiente, y que el tiempo transcurrido pone hoy con entera claridad á nuestro alcance, después de que la ciencia universal ha confirmado unánime aquellas acertadas afirmaciones, valiendo á D. Eduardo Saavedra el honroso y envidiable nombre de *descubridor de Numancia*. Por aquellas mismas ó poco posteriores épocas, hacia 1861, la Academia premiaba solemnemente con su gran medalla de oro y en público certamen—honor solamente compartido por él entre nosotros con D. Francisco Fernández y González y don Antonio Sánchez Moguel—el notabilísimo estudio de aquel joven Ingeniero y arqueólogo, la famosa *Descripción de la vía romana entre Úxama y Augustóbriga*, que echaba los sólidos cimientos á su nombradía; y á muy poco, ceñidas del laurel simbólico las sienes juveniles, cuando él no había cumplido aún los treinta y cuatro años, aunque fuera ya profesor ilustre de la Escuela especial de Caminos, le abría de par en par las claveteadas puertas como á su individuo de número, haciendo su presentación en ella el que era ya una de las más puras glorias de las dos Academias hermanas, el Sr. D. Aureliano Fernández-Guerra y Orbe; fiesta aquélla en nuestra casa memorable, en que el *joven adalid*, como su padrino lo llamara, disertó magistralmente acerca de las *Obras públicas en la antigüedad*, en discurso que causó entonces sensación, por el fondo y por la forma, allí donde la elocuencia reinaba más de un siglo hacía, aunque siempre de las ciencias históricas tributaria.

Después de este momento, la vida de Saavedra, en relación con la Academia, diera materia variada é interesante para un libro entero, y yo debo forzosamente encerrarla en los límites de un discurso, y de un discurso que, á falta de otros méritos, tenga siquiera el de no fatigaros con su demasiada extensión. Así, admitido en la Academia, como los Grandes del Reino en la Alta Cámara, por derecho propio y en lo mejor de la mocedad, poseído, como muy contados, del espíritu académico, que se siente, pero que no se explica, lleno como pocos de la tradición que allí reina, celoso como el que más de sus prestigios, que hay que considerar como propios, generoso de su erudición creciente hasta la prodigalidad y el derroche, amigo fraternal de todos sus compañeros, cortés y afable como los españoles antiguos, de todo punto con la Academia, identificado, sus vidas corrieron juntas, y él fué, sin duda, uno de los más grandes servidores que tuvo jamás la noble institución, hija segunda de Felipe V.

Él perteneció desde el primer día á las Comisiones académicas más importantes, dejando por todas partes huella fecunda de su talento y de su celo; formando con Fernández y González y con Codera la gran trinidad de los orientalistas españoles, que tantos y tan grandes servicios ha prestado á la Ciencia, fué nombrado para presidir la última Comisión del *Compendio de Historia de España*, con que se señaló la Dirección del Marqués de la Vega de Armijo, y no hay que decir que fué Saavedra el alma de ella, como de la primera lo había sido D. Antonio Cavanilles, de no menos grato y celebrado recuerdo. Y así como de esta primera, que no llegó á hacer el compendio suspirado, surgió, sin embargo, la excelente *Historia de España* que Cavanilles nos dejara, de la Comisión última, que desgraciadamente tampoco lo ha hecho aún, ha surgido la parte á Saavedra encomendada, que es nuestra *Historia árabe*, que él ha dejado casi concluída, y donde resplandecen una vez más sus conocimientos vastísimos, su limpio y puro estilo y lo exquisito y elevado de su crítica, á juicio de cuantos la conocen; siendo indispensable—aprovecho la ocasión de indicarlo aquí—que para prez de las letras patrias y justa satisfacción de los doctos se publique y se divulgue.

Formando parte de la Comisión de *Memorias* de la Academia, no menos importante, él fué quien dirigió, con el acierto que podéis comprobar, la publicación de sus últimos volúmenes, y muy especialmente, en 1903, la de su tomo XIII, que contiene la

gran *Historia de los mozárabes de España*, premiada por la Academia misma, de D. Francisco Xavier Simonet, impresa después de muchas peripecias y contrariedades que no son del caso, y que sólo se vencieron por su enérgica decisión y férrea voluntad.

El BOLETÍN que la Academia comenzó á publicar en 1887, y está ya en su tomo LX, puede decirse que, desde el primero hasta el último, lleno aparece de los interesantísimos informes, estudios y trabajos de nuestro eminente compañero, donde el dominio absoluto de las materias más encontradas luce con esplendor inusitado, y la ciencia se derrama á caudalosos raudales, para saciar la sed de los que estudian y satisfacer las mayores ambiciones de los que aprenden. Ábranse por donde se quiera, y yo os desafío á que dejéis de hallar con asombrosa frecuencia su claro nombre, siempre al pie de los más notables escritos, alguno de tan singular valía como el elogio necrológico de Hernández Sanahuja, que esconde bajo este humilde epígrafe la más acabada disertación sobre la Tarragona antigua.

Quizás sea el último trabajo suyo que el BOLETÍN inserte la necrología de Emilio Hübner, digna de la memoria del sabio profesor alemán, que á su vez había hecho conocido y admirado, en todos los lugares de la culta Germania y hasta de la Europa entera, el nombre de nuestro gran español, colmándolo de sus entusiastas elogios, consagrándole su libro *Inscriptiones Hispaniae Christianae*, á él y á Fernández-Guerra, distinguidos en su dedicatoria con el dulce dictado de *amicis optimis*.

Su fama, así crecida, y su autoridad, por todos acatada, diéronle muchas veces la voz de nuestra Corporación para recibir en ella, y á su nombre, á varios hombres ilustres, que es natural se disputaran en su entrada el honor de recibir de sus manos lo que podemos llamar el espaldarazo académico. Así se le encuentra en 1869, disertando con D. Juan Facundo Riaño sobre la *Crónica General de D. Alfonso el Sabio y elementos que concurrieron á la cultura de la época*, hallando ocasión brillante de lucir su sabiduría y su ingenio en cuanto hacía relación á la figura compleja y simpática del Hijo de San Fernando, para quien no guardó la ciencia ningún secreto, tanto como sabio desdichado, y que logró dejar, entre muchos otros recuerdos inmortales, el más notable monumento histórico-literario que conoció la Edad Media. Así se le ve, compartiendo con su apadrinado los cerra-

dos aplausos, cuando en 1879 recibía á su amigo de la juventud el P. Fita—á cuya primera obra, *La Epigrafía romana de la Ciudad de León*, pusiera años atrás erudito y apropiado prólogo;—disertando ambos ahora, á cuál con más acierto, en siempre amistosa competencia, acerca del *Gerundense y la España primitiva*, ó de la *Vida y escritos del Cardenal Obispo de Gerona, D. Juan Margarit*. Así se le encuentra después, en 1888, haciendo vistoso alarde de sus hondos conocimientos y fina crítica, al par que de su ardiente españolismo, en su discurso de contestación al Sr. Sánchez Moguel, cuando éste acometió valientemente el estudio y la exposición de las *Razones históricas en que pretenden fundarse los regionalismos catalán y gallego*. Así se le ve mucho más tarde, ampliando y elevando hasta las más encumbradas cimas de la Filosofía y de la Historia la materia abordada por D. Adolfo Carrasco, *La Discordia en los Estados políticos*, cuando este General de Artillería celebró su recepción, el año 1900; pero demostrando al mismo tiempo Saavedra sus singulares conocimientos técnicos, que le hubiesen permitido compartir aquel originalísimo título de *gran artillero*, que atribuyera á Cánovas del Castillo un Ministro de la Guerra, con el incomparable estadista, gloria también de nuestro Instituto y de nuestra Casa. Y por fin—que ésta fué ya la última vez que en públicas solemnidades hubiera de escucharse la voz del viejo maestro—en 1901, se le encuentra todavía dando en nombre del Cuerpo la bienvenida al Sr. Vives, con brillante, erudita y hasta amena disquisición sobre la *Moneda castellana*, perfecto tratado de historia numismática, que no es el de menor enseñanza entre los suyos.

Y pues que es esto breve resumen, que deseara haceros aún más rápidamente, de cuanto hiciera en la Academia y por la Academia, no puede olvidar ni olvidará jamás nuestra gratitud, cómo él puso también á su servicio su gran pericia de Ingeniero y de Arquitecto, para dirigir, va ya para cuarenta años, las obras de instalación de nuestra residencia actual, cuando hubo de abandonarse la de la célebre Casa de la Real Panadería, testigo regocijado, en la clásica Plaza Mayor de la Villa coronada, de todas las fiestas públicas que registran sus crónicas. Él fué quien hizo, en medio de mil trabajos y dificultades de toda clase, del vetusto caserón del *Nuevo Rezado* en que vivimos, algo así como Palacio de la Historia, no exento de carácter, aunque no sea, ni con mucho, el rico y majestuoso alcázar que á tan alta y principal Se-

ñora correspondiera; y de todo podéis ver el detalle en el bello y curioso discurso que D. Vicente Barrantes leyó allí, el 21 de Junio de 1874, en la primera Junta pública en sus salones celebrada.

*
* *

No sirvió menos D. Eduardo Saavedra á la Academia en los cargos de la administración pública que desempeñara, que no fueron, por cierto, los acomodados á su valer, pues de sobra sabéis hasta qué punto la política al uso siente imperdonable debilidad por las gárrulas medianías, cuando no por las absolutas insignificancias, más ó menos parlamentarias, sin que alcance á disimular el desvío que le merecen las altas mentalidades de este jaez, declarándose en una cierta incompatibilidad extraña y vergonzosa con todo lo que es ciencia. Saavedra, por su parte, sintió por la política escasa inclinación, no ciertamente—que esto no hubiera sido digno de él—por la política en lo que ella tiene de grande, de patriótico, de necesario y fundamental, de verdadera altísima ciencia del gobierno y de la dirección suprema de los pueblos, sino en todo lo que, en la práctica corriente, encierra de ficticio, de familiar, de palabrero, de arte menudo de medros personales sin abnegación y sin grandeza. Hízolo, sin embargo, algún Gobierno—menguadas concesiones que de tarde en tarde, y por un loable resto de pudor, otorga la política á la ciencia—Director general de Obras públicas, de Agricultura, Industria y Comercio, y, lo que es más, le dió nuestra Academia su representación constante en el Senado, que habían llevado antes, sucesivamente, Benavides y Fernández-Guerra, Colmeiro, Moreno Nieto y Gayangos. Y él en todas partes puso á sus órdenes la influencia que agregaba—á la indiscutible de su nombre respetado—el esmeradísimo desempeño de aquellos y de otros cargos.

*
* *

Tal cúmulo de singulares merecimientos, tantos y tan señalados servicios, y tan grande y reconocida celebridad, que había salvado ya de muchos años las cumbres pirenaicas, llenando de su nombre, igualmente conocido y admirado del mundo culto en Francia que en Alemania, en Bélgica que en Italia y en Por-

tugal, los ámbitos todos de la Europa—no de la Europa *consciente* que ahora se estila para nuestro escarnio y nuestra mengua, no de la Europa de plazuela que nos denigra y nos calumnia, sino de la Europa sabia, estudiosa y honrada que nos respeta, nos conoce y nos enaltece en personalidades como la del que hoy celebramos aquí;—todo esto lo llevó al fin, como de la mano, á presidir nuestra Academia en calidad de Director, y hay que reconocer hasta qué punto ella dió, como acostumbra, prueba verdaderamente soberana de su refinado buen gusto, no vacilando en colocar á su cabeza á un octogénario y á un ciego; que ni la juventud ni la vista hacen gran falta cuando un hombre se llama Saavedra y conserva un cerebro y una voluntad como los suyos eran. Así, de acuerdo con este sentir nuestro, hubo de pensarse por todos en el mundo científico, y de ello es buena prueba, que el día anterior al de su llorado fallecimiento recibiera la noticia de haber sido nombrado Presidente del tribunal de oposiciones á la Cátedra de Arqueología arábiga, recién creada en nuestra Universidad Central; oposiciones aún interrumpidas por su falta:

Pero recibido este postrero grandísimo homenaje de la Corporación insigne que Saavedra había llenado de su fama y hecho tanto tiempo partícipe de su gloria, su prudencia exquisita, que no era la menor de sus cualidades, le hizo abandonar pronto aquel puesto de honor, apoyando el primero, para que lo sustituyese en el sillón presidencial, al Sr. D. Marcelino Menéndez y Pelayo, en cuyo solo nombre está encerrada la mejor demostración de aquel acto. Mas consumada la que podemos llamar su abdicación, él no se retiró á Yuste, como nuestro grande Emperador, sino que siguió asistiendo con rara constancia á nuestras juntas, tomando parte principal en nuestras deliberaciones, sirviéndola y ayudándola siempre, viviendo plenamente la vida de la Academia, hasta el último día—puede decirse—de la suya propia.

*
* *

Tal es, señores, la refulgente estela, dejada en nuestra casa por este varón singular, gloria indiscutible de la Academia de la Historia, como de las otras dos aquí tan dignamente representadas, gloria purísima de la Ciencia y de la Patria. Correspondié-

rale de nuestra parte elogio mucho mayor, que la premura del tiempo—tan á última hora acudisteis á mi buena voluntad—no me ha consentido hacer, como el muerto á quien honramos y vosotros que celebráis su memoria merecieran.

Quizá fuera yo el último de sus compañeros de la Academia con quien nuestro llorado amigo hablara de cosas de la tierra, cuando ya le iba faltando por momentos la vida y se iban aflojando rápidamente los lazos que unían aún su alma creyente á los deleznales asuntos de acá abajo; y bien puedo deciros que aquella conversación inolvidable fué toda de cariño y de interés para nuestra Corporación, que sin duda constituyó uno de sus más hondos amores, ciertamente bien correspondido, pues ella se aprestaba á celebrar solemnemente sus bodas de oro, que Dios no consintió que llegaran para él, como acaso no habrán llegado nunca para ninguno de sus individuos. De ello hablamos entonces, en términos que no son del momento, pero que os aseguro conmovieron profundamente mi alma; siendo ya nuestro P. Fita, el mismo viejo amigo de los verdes años floridos, el solo Académico que lo vió y lo acompañó después, pero ahora no más que como director de su conciencia, llamado á recoger, para enviarlo Arriba, su postrimer suspiro; porque aquel varón sapientísimo, que por serlo conocía mejor la verdad, y la apreciaba más de cerca, y la miraba cara á cara, era, naturalmente, un gran cristiano, y no consideraba humillante postrarse él, y con él toda su ciencia, á los pies de otro hombre, investido de facultades de lo Alto que no es la Ciencia quien las da; y así como fué en vida un señalado ejemplo para los que estudian y los que trabajan, se ofreció en su muerte como dechado y modelo á los que creen.

En personalidades como la suya, que atesoran la sabiduría en el caudal sin límites que llegó á poseerla Saavedra, no sólo manteniendo incólume y sin merma la fe heredada, sino aumentándola á su compás, estoy seguro de que pensaréis como yo pienso, que debió de inspirarse Montaigne, cuando escribió aquellos profundos conceptos, que todos recordáis, y en que parece que debe cifrarse la ambición suprema de cuantos sentimos, más ó menos, el afán bendito de saber: *La ciencia escasa nos aleja de Dios; la mucha ciencia nos acerca á Él.*

HE DICHO.
